

Deberes y condiciones de eficacia

Primera parte

Sobre la acción en general

Principios fundamentales

por

JEAN OUSSET

¡Oh, Atenienses! Ciertamente, las cosas van mal y os desesperáis! Pero equivocadamente. Tendríais razón, en efecto, si habiendo realizado todo lo necesario para que las cosas marchasen bien, las hubiésteis visto sin embargo estropearse. Pero las cosas han ido mal hasta ahora porque no habéis hecho lo necesario para que fueran de otra forma. Os queda por hacer lo que no habéis hecho y las cosas irán bien. ¿Por qué, pues, os desesperáis ahora?

DEMÓSTENES.

DEBERES Y CONDICIONES DE EFICACIA

Como su propia estructura lo indica, la palabra acción... designa, en el sentido filosófico de la fórmula, el hecho de pasar "al acto", el hecho de realizar lo que no estaba más que "en potencia".

La acción es, pues, un medio. El medio de esta realización, el medio de este pasar "al acto"... de una cosa que aún no estaba más que en potencia".

Lo que supone una relación estrecha, armónica, entre la naturaleza de la acción realizadora y la naturaleza de lo que se ha de realizar.

Pongamos, por ejemplo, un grano de trigo y un tronco de un árbol. Los cuales, respectivamente, contienen "en potencia" la espiga y la viga, que de ellos pueden salir. Pero hay que tener en cuenta que para hacer pasar de la "potencia" al "acto", a la espiga y a la viga, contenidas virtualmente en el grano y en el tronco, la operación es diferente.

En lo que concierne a la espiga... es necesario sembrar el grano según ciertas condiciones, cultivarlo, esperar, etc...

En lo que concierne al tronco... hay que cortarlo, transportarlo a la serrería, en la que todo está previsto para escuadrarlo, etc...

Trabajos éstos que implican competencias humanas, métodos, técnicas, instrumentos, cierto sentido de circunstancias muy diferentes.

En una palabra, la acción que consiste en hacer crecer una cosecha de cereales no se parece a la acción que consiste en fabricar rastreles y traviesas.

De ahí estas observaciones de Marcel de Corte (1): "... Oigo a menudo decir que los medios, como tales, no son ni buenos ni malos. Reconozco que con esta afirmación creo estar soñando. Porque, a fin de cuentas, me pregunto en dónde podré encontrar medios puros. Medios, que no fueran más que medios, serían al mismo tiempo inertes, inutilizables, inutilizados, inexistentes, casi como el extraño "chisme" denominado "vistemboir" en la admirable novela de Jacques Perriet. Un medio nunca ha sido tomado como tal, salvo en teoría. Un medio es considerado siempre en relación a un fin."

¿Verdades de sentido común? ; Pero cuán olvidadas en materia de acción política y social!

Concordancia del fin y de los medios.

En este campo, ¿no es frecuente el error de emplear en servicio de un fin métodos o medios de acción prácticamente concebidos para un fin contrario? ; Es sorprendente que los resultados sean descorazonadores?

Numerosos son, desgraciadamente, los que creen provechoso el recurrir a métodos que, por lo mismo que son eficaces al servicio de la Revolución, continúan sirviendo a esta última, aun cuando se les pretenda emplear contra ella.

(1) "L'information déformante": Actas del Congreso de Lausanne 1965. En venta en el C. L. C., 49 rue Des Rénaudes, Paris XVII. Véase en castellano en *VÉRVO*, núm. 41, pág. 14.

Prueba de que esta indispensable concordancia de los medios al fin no está tan bien comprendida como se cree.

Por ello se evoca la imagen del tren o del automóvil, que pueden indiferentemente conducir a Calais o a Pau. Igualmente imagen de la acción militar que puede ordenarse a la defensa de tal o tal patria. Mientras que en la realidad, el fin directo del tren es de correr sobre los railes y de servir de esta forma de medio de transporte por donde los railes puedan conducir. La designación precisa de una estación no tiene interés. Igualmente para el automóvil, que ha sido concebido para correr sobre carreteras, caminos o pistas. Puede conducirnos adonde vayan las pistas, los caminos o las carreteras, no bogar sobre el mar; no escalar una pared rocosa...

La misma observación en lo que respecta a la acción militar. Si los pueblos más diversos, hasta enemigos, recurren a ella en sus necesidades, esto no permite decir que nos encontremos ante un medio que puede ser indiferentemente ordenado a no importa qué fin. Porque el fin propio, directo, real de la acción militar es la destrucción, la neutralización de las fuerzas armadas contrarias. Una vez conseguido este resultado, y cuando llega el momento de construir, de reconciliarse, se cambia de medios. Y se ordena a los militares cesar el fuego.

Estas referencias son tanto más necesarias cuanto que esta relación del medio al fin es desconocida aun por los mejores. La temible eficacia de los métodos comunistas es tal que se llega a considerar prudente utilizar en servicio del orden lo que aparece tan poderoso en servicio de la subversión. Pero sería olvidar la diferencia esencial de las tareas. La imagen del revólver arrancado a un agresor y vuelto contra él —imagen tan frecuentemente empleada— es inaceptable. Porque en esta circunstancia, la acción del agredido consiste en abatir a su vez al que procuraba abatirlo al principio. Identidad rigurosa de finalidades. El revólver puede, pues, ser empleado por ambos lados.

Pero creer que una misma doctrina de la acción puede indiferentemente servir al progreso de la Revolución y a la instauración de un orden social cristiano... prueba que no se distingue entre

estas dos operaciones ninguna diferencia esencial. ¡Lo cual es gravísimo! Porque esto equivale a admitir que no existe, entre el servicio de estas dos causas más que apreciaciones que no sobrepasan el carácter de... concurrencia que pueda manifestarse entre dos serrerías, diríamos, por volver a tomar la imagen de hace poco. Siendo lo esencial, en este ejemplo, de que se sierra la madera lo mismo en un lado que en otro; y que por consecuencia se pueden emplear lo mismo en un lado que en otro los mismos procedimientos y herramientas.

Todo ello, pues, consiste en saber si entre el servicio a la Revolución y el servicio a un orden social cristiano no existe oposición más grave que la de una querrela de partisanos, una concurrencia de tiendas que ofrecen, en el fondo, análoga mercancía. Porque si la mercancía es análoga, lo repetimos, se debe admitir que lo mismo de una parte que de otra los métodos y los medios de acción pueden serlo también.

Mas ¿cómo aceptar una misma doctrina de acción, unos mismos procedimientos, cuando se trata, de una parte, de demoler, de dialectizar, de masificar el orden social, y de la otra, de restablecer este mismo orden social en sus jerarquías, en sus libertades, en sus diversidades esenciales? Valdría lo mismo sostener que el trabajo, los métodos, los instrumentos, pueden ser los mismos, los que han de servir, por una parte, a plantar los árboles y, por la otra, a dividirlos en tablas.

Prueba de que muchos antiliberales en el plan dogmático son bastante liberales en el plan de la acción; incapaces de distinguir la incompatibilidad de métodos y de medios ordenados a FINES tan radicalmente opuestos como el hecho de construir y el hecho de demoler.

Para que podamos adoptar eficazmente (al servicio de nuestro fin) las fórmulas de acción revolucionaria, sería necesario que el orden social cristiano, que intentamos promover, no tuviera nada esencialmente opuesto al orden social deseado por la Revolución. Sería menester que entre los revolucionarios conscientes y los fieles de la doctrina social cristiana no se pudiesen manifes-

tar más que oposiciones de detalle, rivalidades de personas, de clanes o de partidos.

Lo cual no es ciertamente el caso.

Mentalidad pre-marxista de contrarrevolucionarios.

Por ignorancia de estas distinciones absolutamente fundamentales pocos se dan cuenta de que al pretender combatir al comunismo, como acostumbran, contribuyen a extenderlo; al menos por la difusión de una mentalidad de la que el marxismo no tarda en nacer como el pollo del huevo.

Aislando, como suele hacerse, el estudio de los medios; pensando la acción sin tener presente el fin específico de los métodos que se preconizan, no se hace más que favorecer este culto del procedimiento puro, lo que, por inconsciente que pueda ser, no deja de constituir lo esencial del marxismo.

Nos solemos quejar de que el comunismo encuentra, en la mayoría de las mentes, un estado de espíritu favorable, una especie de pre-marxismo. Ya va siendo tiempo de preocuparse de lo que lo mantiene.

Se pretende luchar victoriosamente contra la Revolución adoptando sus armas, pero se olvida de que el marxismo, pragmatismo puro, no es más que la acción implicada por este pragmatismo. Se olvida el efecto educador de esta acción. Se olvida que este efecto educador no depende de una adhesión intelectual a una cualquier "verdad" marxista o comunista, sino que depende del simple hábito tomado de actuar o de "pensar" la acción según los métodos marxistas.

Por ello si nuestro comportamiento se ordena "a lo marxista", ¿cómo podría su efecto educador dejar de ser marxista?

Muchos hay que, en este caso, siguen pretendiendo luchar contra el comunismo. Cualquier cosa bastaría, en el momento oportuno, para reunir a estos enemigos ficticios. Un acontecimiento cualquiera los haría rápidamente "tomar conciencia de su marxismo latente". Y esos pretendidos "defensores del orden social" se alis-

tarían en las filas de la Revolución. Como hicieron no hace mucho las tropas nazis de Von Paulus.

¿Actuar como marxistas? Ya es ser marxista. Aun combatiendo al marxismo.

De esta manera muchos esfuerzos, reputados contrarrevolucionarios, han tenido, y aún tienen, por resultado aumentar el consenso marxista en el mundo.

Lecciones que deberían sacarse de la acción revolucionaria.

Y no solamente los mejores están sin doctrina de la acción; no solamente tienden a adoptar, para su desgracia, los métodos del enemigo; sino que no saben sacar ningún provecho de lo que podría, a pesar de todo, serles útil del ejemplo del adversario. Porque lo ignoran, o porque de él se hacen una idea, que agrava la nocividad de dicho ejemplo.

De esta forma, la idea que nos hacemos de la acción, partiendo del modelo revolucionario, es casi siempre sumaria, fragmentaria. Reducida, a lo que es más descaradamente evidente en la historia de la Revolución. Lo que hace que no retengamos más que su aspecto, muy superficial y engañoso, de movimientos de masas, densamente cuantitativos, a los que los *slogans* primarios, o una doctrina infantil, bastan a orientar. Efecto grandioso, pero burdo. Manifestaciones y reyertas. Preparaciones de golpes de mano. Operaciones más o menos clandestinas. Tribunales populares. Mítines vastos. Tal es lo que retenemos del ejemplo revolucionario: su aspecto de agitación precisamente subversiva. Su aspecto difícilmente transportable, ilegítimo, al plan de nuestra acción.

Nos es muy mal conocido, por el contrario, lo que podría servirnos de lección; o sea la preocupación comunista por un trabajo de profundidad; su sentido agudo de la acción por medio de las ideas; su grandísimo cuidado en la formación de cuadros, su voluntad, ridícula por su extremismo (característica, sin embargo) de "pensar" la acción "científicamente".

El único provecho que nosotros podríamos sacar del ejemplo

revolucionario. Un provecho de emulación, de excitación, de alerta. La analogía de un cierto ardor. Al ver cómo se afanan los agentes de la Subversión, cómo se aplican en actuar cada vez mejor; esto nos puede al menos causar sonrojo.

Sin olvidar la lección de ciertas páginas de Mao-tse-Tung (2); que nada tienen de específicamente subversivas; ¡todo lo contrario!

Páginas en las que están, despiadadamente, denunciadas el arrebatado anárquico, la irreflexión, la imprudencia. ¡Subjetivismo en la acción, aventurismo, putschismo!, ¡a cuántos de nosotros nos sería provechosa la lectura de estos capítulos de Mao!

Tantos rasgos no esencialmente revolucionarios. De los que deberíamos tener interés en sacar provecho. Pero a los que rehusamos darles importancia.

Que hace que los ignoremos...

Y la doctrina de acción que debería ser nuestra...

Y lo que podría, por lo menos, ilustrarnos un poco en el ejemplo del adversario.

Hacer lo contrario de la Revolución.

Quede sentado que no se debe proceder del mismo modo para construir que para demoler.

Porque la Revolución destruye cuando dialectiza, explota, mantiene y provoca las contradicciones sociales.

Clases contra clases. Tercer Estado contra la nobleza. *Sans-culottes* contra *ci-devant*. Montagne contra Gironda. Pobres contra ricos. Proletarios contra burgueses. Obreros contra patronos. Izquierda contra derecha. Radicales contra liberales. Bolcheviques contra mencheviques. Naciones contra naciones. Colonizados contra colonialistas. Negros contra blancos. Demócratas contra fascistas. Laicistas a ultranza contra clericales...

Y aun en el mismo seno de la Iglesia: progresistas contra

(2) Obras escogidas, tomo I, pág. 122 a 135.

integristas, Padres del Concilio contra la Curia, Juan XXIII contra Pío XII.

En general, el mayor número contra los menos numerosos. A no ser que estos últimos aparezcan como más intensamente subversivos.

Tal es la acción normal de la Revolución.

Acción que tiende a realizar una devastación social. Acción niveladora, atomizante, por sofocamiento progresivo de los cuerpos intermedios. Acción que no ha cesado de abrir camino a un totalitarismo de Estado cada día más tiránico (3).

De ahí el dicho de José de Maistre sobre la contrarrevolución: "Debe ser lo contrario de la Revolución. No una revolución contraria. Es decir, que es preciso reanudar los lazos sociales en vez de romperlos, que debe ejercer una acción coordinadora en sentido inverso a la acción desorganizadora de la Revolución."

Lo que nos dispensa de insistir para hacer comprender que tal oposición en el orden de los FINES, reprueba, en el orden de los MEDIOS, el empleo de los mismos modos de obrar.

Doctrina, no idealismo.

Nuestra meta no es restablecer artificialmente un determinado sistema político y social, victoria de un partido. Podríamos en

(3) Cf. Karl Marx: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, pág. 89 (traducción francesa): "La Revolución estableció al principio el poder parlamentario para que fuera posible echarlo abajo. Así que ha conseguido esta meta, entroniza el poder ejecutivo, lo reduce a su más simple expresión, lo aísla, lo opone a sí misma, hace de él el único obstáculo para poder concentrar sobre él todas sus fuerzas de destrucción".—La Ley Le Chapelier, por medio de la cual la Revolución se apresuró a suprimir las asociaciones de los trabajadores de la antigua Francia, pulverizó con ella toda resistencia contra la acción masificadora del nuevo orden.—Los cuerpos intermedios no han cesado de desaparecer para dar lugar a conjuntos gregarios. Acción atomizante y masificante, porque reduce al estado de "masas", después de haberlos "atomizado", a pueblos armoniosamente "organizados" hasta entonces...

este caso recurrir a los procedimientos partidistas, por ser dialectizantes, de la Revolución.

Tenemos que devolver a la sociedad su salud, su misma vida, natural y verdadera.

Tenemos que dar vida, fuerza, salud (una actividad normal) a los órganos sociales, víctimas de condiciones esclerosantes, antinaturales, a las que los ha llevado el totalitarismo moderno. Y esto es cosa muy distinta que sustituirlos por unas fórmulas de organización artificiales.

Nacida de la razón razonante, la Revolución tiende a imponer fórmulas nacidas del solo espíritu humano. De este modo es conducida, por lógica interna, al empleo de medios que se podrían llamar extraños al orden natural. Procedimientos de presión heterogéneos. Violencia hecha contra la naturaleza de las cosas. Medios que, hay que reconocer, han sido perfectamente adaptados a este menester.

Pero para nosotros, que, según los términos de San Pío X, no buscamos reconstruir la Ciudad, sino como Dios la ha construido, sabemos bien que la civilización no hay que volverla a inventar, ni a la nueva ciudad construirla en las nubes.

Lo que supone el reconocimiento de las leyes y condiciones de vida de la sociedad. Leyes de vida, leyes de salud cuya expresión no es otra que la sola y verdadera doctrina. Doctrina que es entendimiento del orden de las cosas. Doctrina que puede dar ella sola un sentido justo de lo real. En aquello en que lo real muestra siempre de esencial y de accidental.

Quien hace a cada momento principio de todo, no es, en efecto, más que un espíritu falso y desordenado.

Sólo merecé el título de "prudente" quien tiene el sentido de la jerarquía de las nociones y de las cosas; de lo que importa, de lo que importa menos, y hasta de lo que no importa nada.

Que no es otra cosa que el sentido de lo Verdadero.

Que se adquiere en primer lugar por la doctrina.

Decimos bien: "En primer lugar"... Porque, por un lado, una larga práctica puede ella sola llevar a su perfección a ese sentido

de lo verdadero, de que hablamos. Porque, por otra parte, sabemos que, sin doctrina, las virtuosidades maniobreras acaban por hundirse rápidamente en un pragmatismo inadmisibile.

Desde que pensamiento y acción dejan, en efecto, de ir al unísono, se corrompen las dos, se exasperan de un lado y otro en fórmulas vanas.

Abandonado a sí mismo, privado de este contrapeso, que para él es la experiencia, el pensamiento tiende a sutilizar cada vez más; a cortar, a zanjar, a planificar, a universalizar a la vista de los principios solos. De ahí en adelante la ortodoxia resulta el título acordado al que hace más sutiles distinciones. La formación se convierte en su propio fin, derivando hacia la obesidad, hacia la celulitis doctrinal. Verdadera impotencia.

Pero, por su parte, privado del sentido de esta diversidad de las cosas, de esta diversidad de los problemas que tan solo la doctrina puede dar, la acción acaba pronto por transformarse en fórmulas simplistas, en activismos planificantes, esquematizantes... Del tipo: "Fusionemos todo para no quedarnos más que con un solo organismo" ¡considerado como más fuerte! Recetas artificiales muy cercanas a aquellas fórmulas "idealistas" que nosotros reprochamos a la Revolución. Recetas que conducen, más o menos, a esas fórmulas del medio puro, que pueden ayudar lo mismo en un sentido que en otro. Fórmulas de la acción en sí; de la Acción con una A mayúscula... de las que hemos denunciado el error al principio de este capítulo.

De ahí el aspecto bien conocido del hombre de acción sin doctrina. Especialista en uno o dos procedimientos. Y que busca menos resolver los problemas que se le planteen efectivamente, que en ejecutar en cada ocasión un cierto número de operaciones o de ejercicios, siempre los mismos...: manifestaciones, reuniones, publicaciones... Medios muy externos. De los que se ha podido decir, aun cuando sean legítimos y beneficiosos, que son más ortopédicos que medicinales.

¿Ortopedia o medicina?

Distinción que nos parece tanto más importante, cuanto más pone de relieve no solamente la existencia de estas dos formas de acción, sino que permite abarcar, de una vez, la superioridad de lo medicinal sobre lo ortopédico. Y esto en un tiempo en que el brillo, muy externo, ciertamente, de la acción del tipo ortopédico eclipsa y deja en una desatención mortal a la acción medicinal multiforme, que es la única que podría curar al cuerpo social.

No es que se pretenda condenar aquí la ortopedia como tal. Es, con frecuencia, indispensable. Y los médicos no dejan de recurrir a ella cuando hay necesidad. Pero por preciosos que sean fajas, cabestrillos o muletas, no son verdaderos remedios en estricto sentido. Ciertamente estos aparatos pueden contribuir grandemente a la cura. Desde el exterior. Y a condición de que el estado del paciente no quede muy agotado. Cuando es tal que las reacciones vitales parecen suspendidas, el pleno retorno a la salud es imposible sin un tratamiento que devuelva al organismo su vigor interno.

No tenemos el derecho de entregar a Cristo Rey una sociedad enferma, no subsistente más que por medios de refuerzo de apcos, de miembros articulados, ojos de cristal, trompetillas acústicas, dentaduras postizas. Hemos de devolver a la Ciudad su plena vida natural.

Vedémonos, pues, de limitar la acción a su forma ortopédica. Hagamos caso de conciencia en promover una acción medicinal que cure verdaderamente. Lo cual puede ser menos espectacular. Mientras que dicha acción ortopédica salta a la vista, parece materialmente eficaz. ¿Quién se atrevería a discutir la utilidad de las muletas a un cojo? Lo inadmisibile comienza sólo cuando la especialidad ortopédica se proclama más eficaz que los verdaderos médicos, y rechaza, por ello, los únicos remedios que permiten a los lisiados volver a caminar sobre sus piernas; a los sordos, a oír sin trompetilla; a los paralíticos, circular sin carrito (4).

(4) Y se podría prolongar la enseñanza de esta parábola contra el

Muy por encima de una acción social, política, de tipo ortopédico, hay que establecer la acción social y política que revitalize y cure. Esta última es, en verdad, mucho más exigente. Porque si la acción ortopédica llega a ciertos resultados por procedimientos simplemente mecánicos, una acción revitalizante o curadora supone, para ser bien conducida, un conocimiento profundo, a la vez teórico y práctico, de la sola y verdadera doctrina.

“Pensar” nuestra acción: el pro y el contra.

¡La sola y verdadera doctrina!

Grande sería el error, en efecto, que llevara a creer que pudiera haber dos doctrinas. Una primera, que se podría llamar: descriptiva de la META. Y una segunda, que se podría llamar: la acción de los MEDIOS, de los métodos a adoptar para alcanzar la META (5).

La doctrina cristiana de la acción política y social no es más que la mera expresión del derecho natural y cristiano. Pero considerado de un modo práctico, con el anhelo constante de sus realizaciones posibles.

Examinemos, por ejemplo, los planos de un castillo a construir. Hay muchas maneras de considerarlos.

La del propietario. A sus ojos cuenta sobre todo el FIN: cómo ha de ser el castillo, una vez terminado. Aquello que le interesa: la hermosura de su aspecto, la armonía de sus proporciones, el confort, etc... Apenas se detiene en los problemas de la

abuso, hoy tan desastroso, de fórmulas solamente externas de acción política y social...; haciendo observar, por ejemplo, cuán modesto y pesado es el aparato ortopédico; cuán mal se presta a evoluciones normales de la vida...; muy vistoso sin duda, y, por ello, pronto a conmover las sensibilidades... etc...

(5) En pleno rigor de términos, una doctrina moral y social nunca es de orden puramente especulativo; ya que, como tal, un principio de moral ordena la acción. Pero es que esta doctrina no es inmediatamente práctica. Y de esto es de lo que únicamente tratamos aquí. Hay, dicho de otra forma, una manera “teórica” (especulativa, platónica) de considerar una doctrina, aunque esté ordenada a la acción. Y hay una forma “práctica” que conduce a ver sus posibilidades inmediatas de aplicación.

construcción (acción). No piensa en los "medios", en los "cómo". ¡A otros el cuidado de resolver estas dificultades!

Y por ahí se adivina la otra forma de ver. La del constructor, la de los obreros, la de los artesanos y artistas que tendrán que edificar, amueblar, decorar este inmueble. Ciertamente la hermosura del castillo no les deja insensibles y para ello trabajan con un ardor, un gusto cada vez mayores. Pero no siendo exclusivamente contemplativos, las necesidades de la construcción les lleva a contemplar de otro modo las cosas. Les hace pensar los "cómo", los medios, los procedimientos, las técnicas de la acción. Lo cual, aunque ordenado al mismo objeto: el castillo, difiere grandemente de la simple visión del propietario.

Los planos son sin embargo los mismos, que tienen unos y otros entre sus manos, pero ¡cuánto difieren sus puntos de vista y sus reacciones!

En consecuencia: no hay más que una sola doctrina: el derecho natural y cristiano. Como no hay más que un solo plano del castillo. Pero doctrina (o plano) que algunos se contentan con admirar, como hace el propietario que espera que otros construyan el castillo. Todos los que conocen la doctrina piensan en la META y se entusiasman... ¡en su cuarto!

Sin "pensar" en los medios.

Lo que los distingue del obrero, del artista, del artesano..., es decir, del verdadero hombre de acción.

No es que este último no esté, él, movido por esta misma doctrina, que exalta a los puros teóricos. Sino que sabe ver en ella más cosas —cosas prácticas— en las que ni siquiera se detiene a investigar el especulativo.

Lo que nos permite comprender que, para ser eficaz, armónica, fecunda, la acción debe ser regida no solamente por la única y verdadera doctrina, sino por un conocimiento verdaderamente profundo, una inteligencia sabiamente pragmática de esta única y verdadera doctrina.

Obligación, pues, no solamente de conocer la META (el PLANO), sino saber asimismo distinguir que la naturaleza de esta META, la

ordenación de este PLANO, obligan... a comportarse de una y de otra forma.

Y esto con una suficiente precisión.

Porque hay una forma de decir lo que hace falta hacer que no tiene nada de práctica, por ser demasiado general. Porque no dice el "cómo hay que hacer", el "cómo hay que proceder", el medio particular de llegar a ello.

Ejemplo del ejercitante que, animado de un santo celo decide transformarse en... "un militante de envergadura". Resolución sin interés práctico por demasiado general. De ahí el consejo recibido de limitarse a algunas determinaciones, como: "Tré a misa tantas veces por semana, tal día, a tal hora... Rezaré el rosario al volver de la oficina..., etc..."

El único método de acción práctica, en lo espiritual, como en lo temporal.

Método que, cuando se trata de una elección delicada, consiste en comparar:

- 1.º Las ventajas de lo que se proyecta...
- 2.º Los inconvenientes de este mismo proyecto...
- 3.º Las ventajas que pueden resultar si uno lo descarta...
- 4.º Los inconvenientes de esta repulsa...

Fórmula que se resume:

- 1.º El pro del pro...
- 2.º El contra del pro...
- 3.º El pro del contra...
- 4.º El contra del contra...

Lo cual, sabemos, no deja de hacernos sonreír. Pero no deja de ser un excelente ejercicio para desarrollar el automatismo de un cierto estado de espíritu, de un sentido rápido y claro de posibilidades concretas.

"Pesar el pro; pesar el contra". ¿Cuántos se aplican a ello verdaderamente?

"Cuánto cuesta; cuánto da"... Se complace en repetir un amigo, cuyo desinterés es bastante conocido para hacer imposible una interpretación malintencionada que una fórmula tan atrevida pudiera sugerir.

Procedimientos, se dirá. Todo lo que se quiera. Pero lo cierto es que los procedimientos tienen por fin facilitar la ejecución de lo que hay que hacer. Que es precisamente el objeto de estos párrafos.

Pluralidad; armonía.

Procedimientos susceptibles de desarrollar un sentido más vivo de la complejidad de las cosas. Y que, por ello, ofrecen la ventaja de desencantar nuestro gusto por el movimiento único, por la organización que pretende salvarlo todo por sí misma. Organizaciones, fuera de las cuales toda acción se declara vana y nociva.

Esta concepción unitaria del combate político y social ha sido y sigue siendo la causa de nuestros fracasos.

Se reúnen en ella todos los pecados: el del desconocimiento fundamental de una realidad esencialmente diversa...; al cual acaban por agregarse, *ipso facto*, particularismos, rivalidades, exclusivismos.

Y sin embargo ¡esta organización se impondría netamente sobre las otras! Por lo tanto, ésta: ¿no sería una razón decisiva para inclinarnos por la revilitación del organismo complementario deficiente?

¿Qué esperanza de victoria podría animar a un general de aviación cuyos aparatos y tripulación estuvieran perfectamente a punto... si, por otra parte, la infantería no existiese, la artillería fuera medieval, los carros... merovingios?

¿En qué terminaría la fuerza de un ejército si sus divisiones y brigadas pretendiesen actuar sin ligación entre sí? No habría maniobra posible. No habría tiro acertado. No habría victoria. Tan es verdad que el poder de una acción depende más de la complementariedad de operaciones múltiples, que de la virtud de conjunciones compactas.

Necesidad, pues, de desarrollar en torno nuestro ese sentido de acción plural. Sentido de acción, que sabe ver más allá y más

arriba, que el rendimiento inmediato de nuestra propia empresa. Aunque cueste algo a nuestro orgullo.

Sin este espíritu ya no habrá acción armoniosa, y por ello eficaz. Nada de acciones ricas en medios diversos, fecundas en soluciones de reemplazamiento.

Plaga de aquello que llamamos una "mentalidad bazar". Siguiendo el *slogan*: "Compro todo a...". Lo que, ciertamente, parece más simple a la observación contable de un cierto planismo ("mejor que un abono! ; Una sola suscripción!"); pero, ¿quién se atrevería a proponer reducir un ejército sólo a infantes, so pretexto de simplificar de esta forma... el uniforme, la instrucción, el armamento, etc.?

Concepción desastrosa de la unidad que lleva a las dos formas de errores siguientes.

O que se busque esta unidad unitaria por la elección exclusiva de un organismo o medio particular.

O que se busque esta unidad unitaria en el "gran todo" de alguna agrupación general.

Lo que es tan ruinoso por un lado como por otro porque, por un lado y por otro, se encuentra una ignorancia igual de la pluralidad, de la diversidad de las fuerzas de la realidad.

Y es, en el fondo, porque dudamos de la eficacia vivificante de estas últimas, por lo que la tentación nos acosó con el falaz poder de estas agrupaciones compactas. "El gran todo", impotentes (¡y vulnerables a placer!), incapaces de responder como conviene a las exigencias tan variadas de la realidad social y política.

Pero tan vana, si no más, es la investigación de una unidad por medio de la selección exclusiva de un organismo o de un medio particular.

Como si, en el combate que se nos ofrece, un solo grupo, un solo modo de acción pudieran bastar.

"Guardémonos bien del selectivismo burgués", decía Lenin. ¡Máxima que, por esta vez, conviene retener!

Locura de quien no pretenda jugar más que a una carta, a una receta, a un hombre. ¿Este hombre ha sido vencido? Todo parece perdido. ¿Este hombre es victorioso? Todo parece seguro

y no hay que inquietarse por nada. Siendo así que un deber de activa vigilancia continuaría siendo indispensable, aunque la misma Revolución fuera vencida. Porque sus fermentos no habrían desaparecido por ello; el incendio amenaza volver a empezar a la menor chispa.

¿Hasta dónde subirá el costo de estas ya numerosas fórmulas de menores gastos, de menor esfuerzo, de un simplismo que se aproxima a la anemia cerebral? So pretexto de que la propaganda enemiga saca ordinariamente, gran ventaja de argumentos rudimentarios y de *slogans* engañosos. Es olvidarse de que la Revolución se beneficia de la velocidad adquirida. Lo que no es el caso en nosotros, que tenemos que remar contra corriente. A quien sigue la corriente la bastan unos golpes de remo para mantener el impulso de la barca. Pero quien va río arriba debe agarrarse firmemente a los remos. Es, pues, normal que nuestros *slogans* atropellados no tengan ningún eco en proporción con el de los *slogans*, también atropellados, del adversario, porque los suyos se benefician del consenso de la opinión, que ha sabido preparar. Al contrario de los nuestros, que no se benefician de nada.

Persuadámonos que no puede haber salvación más que en el mandamiento de una acción plena, fuerte, rigurosamente pensada. Sin lo cual podremos seguir "teniendo éxitos"... cuyo efecto contrario explotará la Revolución en menos de un año.

* * *

No sabemos ni queremos jugar más que a un hombre, a un acontecimiento. Y como nunca son como se esperaban, quedamos, en este juego, desorientados, amargados, descorazonados.

Hemos vivido de *slogans*, de recetas, fundada nuestra acción sobre astucias. Mientras que en semejante materia todas las simplificaciones son mucho de temer. Desde las devotas hasta las triviales... Desde...: "Los ejercicios de San Ignacio constituyen el solo medio de vencer al comunismo"... hasta las que hacen depender todo de un "golpe-bien-montado".

Porque la verdad es que no hay "medio único" que sirva para

todo. ¡La oración en primer lugar, ciertamente! ¡Y los Ejercicios! Pero también todos los medios que una sana prudencia exija emplear.... La reunión multitudinaria o "de masa" (cuando y como sea necesaria), los círculos, las conferencias, los congresos, el periódico, la revista, el folleto, la palabra que va de boca en boca, la irradiación en el medio, la iniciativa en la profesión, la influencia personal, las redes de amistad, etc. "Tanto como... no más que..."

Hemos de devolver su verdadera salud al cuerpo social. Ahora bien, a ese cuerpo le sucede como al nuestro; por ello nadie se atrevería a sostener que para mantenerlo en buena forma bastaría con lavarlo. La verdad es que, ciertamente, tiene necesidad de jabón, pero también de alimento, de bebida, de vestidos, de ejercicio, de un peine y una navaja de afeitar, de relajarse, de reposar, de sueño, de oxígeno, etc.... Todas las simplificaciones abusivas en este campo pueden conducir a la muerte, a la enfermedad, a la muerte, a la miseria.

Hay que hacer todo lo que hay que hacer. "El monarca prudente y sabio, de sus menores súbditos sabe sacar algún provecho", ha dicho La Fontaine.

Acción plural, multiforme, en donde todo debe ordenarse. Los juegos del señor X y del grupo Y, tales técnicas, tales tácticas, sin olvidar la interferencia de los acontecimientos. Acción que sobrepasa la perspectiva de las operaciones de detalle. Lo que evita la desesperación en caso de fracaso, no pudiendo cualquier fracaso por este método ser más que parcial. La diversidad, la subdivisión del dispositivo evita que la caída de un puesto avanzado sea otra cosa que lo que es: "un golpe duro", posiblemente, pero jamás un desastre.

O volvemos a tomar el sentido (¡y el gusto!) de esta forma de acción, o la catástrofe, de lo que pretendemos servir, continuará.

Siendo el carácter de todas las formas superiores de la vida (vida humana, vida social), la variedad de los organismos, la complejidad de las operaciones, resulta evidente que una fórmula unitaria, simplista, monopolizadora, de la acción, no puede, en abso-

DEBERES Y CONDICIONES DE EFICACIA

luto, responder a las exigencias de un orden de cosas tan ondulado y diverso.

Si, pues, debemos estar unidos, es claro que esta unión, es decir, esta unidad, no puedan tomar la forma de un agrupamiento unitario y (a mayor razón) no puedan quedar reducidas a una actividad media, más o menos esquematizada.

A necesidades diversas, fórmulas diversas.

Y es en el campo del espíritu, en el plano de la doctrina, donde se debe establecer la sola unidad posible y verdaderamente deseable. Unidad de espíritus sobre lo esencial, sobre la doctrina. En cuanto a las acciones, a las funciones, importa que sean numerosas y variadas.

Más que nunca, frente al Leviatán del totalitarismo moderno, hay que erigir un conjunto de fuerzas flexibles, maniobreras, poco vulnerables, fáciles de reconstituir, ricas en recursos variados, incluso contrastadas.

Capaces de perseguir simultáneamente varios objetivos. Estilo de acción adaptado a las condiciones de lucha contra el totalitarismo moderno. Totalitarismo que dispone de casi todos los medios de información, y que pueden hacer creer lo que quiera: manchar, desacreditar las iniciativas más respetables, ridiculizar a los mejores; hacer encarcelar, torturar, condenar, asesinar en masa a indefensos, sin que los guardianes de una conciencia llamada "universal" se atrevan a levantar la voz.

Y si es cierto que se debe guardar la esperanza a pesar de todo, por lo menos hay que admitir que la partida merece ser jugada con la mayor prudencia. La acción hay que pensarla con toda calma.

La acción lo vale. Y hay que soportarla.

Contra un enemigo, que ha llegado hasta esa altura en la victoria, es inútil esperar ventaja alguna avanzando en formación compacta.

Es necesario otro método.

Sólo el de una acción flexible... susceptible de compensar la

falta evidente de fuerza material, numérica, por una sobreabundancia (eminentemente cualitativa) de valor, de celo individuales. Acción llena de inteligencia y de movilidad.

En la unidad de un mismo espíritu.

Lo que supone un elemento sincronizador, coordinador.

Por preciosas que sean, en efecto, la diversidad y la pluralidad necesarias, lejos de nosotros el subestimar la importancia de la unión y de la unidad.

Porque si la uniformidad, el unitarismo, son las plagas de la actualidad, no deja de ser menos evidente que nunca se pueda hacer algo sin unión y sin la unidad suficientes.

Lo que todos reconocen..., en principio.

Lo que es más difícil de realizar de hecho.

Dificultad que una objeción basta para presentarla en toda su fuerza: "No hay federación en acto, sin federador. No hay estrategia en acto, sin estratega. No hay unidad en acto, sin unificador. No hay unión en acto, sin jefe".

Lo cual es cierto.

En un sentido...

... que hay que guardarse de malinterpretar.

No es que sea cuestión de negar la importancia de un jefe, la virtud coordinadora de una autoridad concreta.

Pero, ¿cómo imaginar a este jefe? ¿Quién podría ser idóneo para el combate que va a reñirse? ¡Combate nacional... y, más que nunca internacional! Combate multiforme: filosófico y campesino; teológico y profesional; cultural; obrero; familiar; escolar; etc.

Jamás mente de rey se afanó por tantos cuidados. ¿No es, pues, completamente irracional esperar de un solo jefe semejante sincronización? ¡En materias tan opuestas! ¡Tan numerosas! ¿Quién lo podría realmente hacer?

Porque el problema no consiste en saber si esa ambición puede alcanzarle a alguno. Lo importante es comprender que, aunque

le aconteciese a un ser extraordinario llegar a este puesto, las exigencias de tal concentración de deberes le obligarían a... simplificar, esquematizar, planificar, compactar... (todo lo que acabamos de ver que no se debía hacer). No por malicia. Sino porque le sería imposible organizar tantas cosas de otra forma.

Y quién no ignora que los más sabios acaban por ser víctimas de sus propios talentos. Se puede, pues, apostar que si el jefe en cuestión es un orador nato, cualquier acción de tipo oratorio sería la privilegiada. Si fuera escritor, los artículos y los folletos ocuparían el primer puesto. Si fuera aficionado a las relaciones de todo tipo, le pasarían las horas realizando tomas de contacto. Al doctrinario le costará mucho trabajo el zafarse de las preocupaciones de formación, que el activista siempre tendrá tendencia a creer bastante.

Lo cual explica nuestro escepticismo sobre una sincronización en la acción... tipo: gran jefe.

Queda aún la fórmula...: "coordinación de un conjunto de jefes", la cual, al menos, salvaguarda la flexibilidad, la variedad indispensable. Hasta tal punto que, sin esperar más, hay que declarar la fórmula deseable, mereciendo seguirla buscando la bondad de sus ventajas, cualesquiera sean, por otra parte, los escollos y los riesgos... (choques, rivalidades, indiscreciones, tiempos perdidos). El inconveniente está en que la fórmula es frágil, de una psicología caprichosa. La coordinación podría ser fácil en la actualidad, imposible en el futuro.

Se comprende, pues... El secreto de la unión tiene pocas probabilidades de ser hallado en virtud de una fórmula material.

Y el primer deber es de recordar esta observación de José de Maistre...: "La fortuna de un jefe que manda supone, más o menos, siempre una tropa que acepta obedecer".

Lo que implica una comunidad espiritual, intelectual y moral suficientes.

Ahora bien, cuando conocemos nuestras rivalidades, nuestras oposiciones, no dejamos de estar inquietos.

El error, sin embargo, sería considerar imposible toda acción coordinatoria.

Creemos, simplemente, que hay que buscar al elemento sincronizador...

... ¡En la unidad de un mismo espíritu!, en la unidad de una educación análoga.

En el establecimiento de un "consenso"... en torno a un cierto estilo de acción, a un cierto método.

¡Una regla para un nuevo juego!

Los jugadores de *bridge*, en efecto, ¿no se comportan de igual manera?, ¿cuál es el elemento sincronizador entonces? ¿Un jefe preside su partido? De ninguna manera. El elemento sincronizador depende de una regla de juego comúnmente aceptada. Aun cuando la habilidad de los jugadores sea diferente. Lo cual es muy normal; dado que la autoridad de un solo jefe no le quita tener bajo sus órdenes a buenos y a malos soldados.

Necesidad, pues, de una regla de juego. Con la formación que ello implica de un cierto número de difusores, de instructores, de este nuevo estilo de acción.

Élite difundida en los grupos y redes más diversos. Y que, sabiendo ver las cosas desde bastante arriba, "piensa" la acción con el afán constante de la unión a realizar. Como de la diversidad a mantener.

"Apóstoles" persuadidos de que no tienen necesidad de ningún "mandato", de ninguna "orden que recibir", para hacer progresar la verdad, para sentirse responsables, para tomar iniciativas, etc. Consiguiendo difundir a su alrededor un sentido más seguro de la doctrina, un sentido más agudo de la complementariedad de las tareas, un inmenso progreso puede ser realizado. Porque, gracias a Dios, no es la cordialidad de las relaciones entre jefes la que hace la subsidiaridad, la complementariedad de las obras, sino la misma naturaleza de estas obras. Demasiados se ignoran, sin duda, o se molestan, o se "hostigan". Lo esencial no deja de estar en el hecho, muy ampliamente positivo, de su propia virtud, de su talento particular, de la riqueza de su variedad.

Y por lo mismo que la solidez de un muro no depende de la voluntad de unirse, que manifestarían las piedras que le componen

DEBERES Y CONDICIONES DE EFICACIA

de la misma manera el poder del frente, que hay que oponer al totalitarismo, no guarda ninguna proporción con la voluntad de las relaciones cordiales manifestadas por los jefes de unidades que constituyen ese frente.

Por sí mismas, las piedras tienen un contacto bastante rudo y tienen, más bien, tendencia a entrechocarse. Sólo la acción del cemento puede hacer que juntas y, como sin darse cuenta, formen un muro.

Es esta operación "cemento" la que hay que realizar como el elemento más seguro de la sincronización descable.

La verdad mejor difundida.

Acción salvadora de una verdad básica, que todo penetra. Porque si el error es innumerable y divisor, la verdad es una y unificadora.

Ahora bien, se trata menos aquí de una proclamación magistral de lo verdadero que de su difusión, de su libre circulación, de su profunda penetración. Ocurre con ello como con el oro, que no tiene valor práctico más que si circula. Ahora bien, si el error circula libremente, la verdad no circula, quedando cautiva, almacenada por falta de canales de distribución. Las mayores tonterías alcanzan gran importancia porque se las proclama por doquiera, porque se las oye; porque de ellas se habla. Y de esta manera acaban siendo la regla universalmente aceptada de un adversario que, por otra parte, se desplaza, internamente, más que nosotros.

Es necesario, pues, que la verdad, mejor difundida, más claramente profesada, llegue a ser la regla de nuestro juego. Porque ella sola puede ser (por encima de nuestras discordias como por encima de nuestras legítimas y beneficiosas diversidades) nuestro elemento de unión y de unidad.

Algunos afirman, ciertamente, que sería demasiado tarde para trabajar eficazmente en esta especie de unión. Hagámosles obser-

var que todo retraso en orden a la doctrina corresponde al retraso que se tenga en la acción.

De ahí el hecho de que la Revolución haya esperado dieciocho siglos la hora de su acción. Porque ha necesitado exactamente esos mismos dieciocho siglos para recuperar su retraso doctrinal o, dicho de otro modo, para imponer su supremacía ideológica al occidente cristiano.

En lo que nos concierne, estemos seguros de que nuestro retraso en orden a la unión o —lo que viene a ser casi igual— nuestro retraso en orden a la acción, corresponde a nuestro retraso en orden a la doctrina. O —si se prefiere— la mala calidad de nuestra unión, como de nuestra acción, corresponden a la mala calidad de nuestro "consenso" doctrinal.

Acción doctrinal.

De ahí la importancia —en el campo de una acción, que para ser eficaz exige una suficiente unidad—... de ahí la importancia de este elemento coordinador privilegiado que es: "La acción doctrinal".

La cual, en cierto modo, no es una forma de acción distinta —aunque un pequeño número tenga que consagrarse a ella especialmente—, sino una forma de valorizar todas las acciones.

No es más que el hecho de difundir, como se dice, "buenas ideas"... si se entiende por ello una simple difusión, una simple irradiación intelectual, operada desde lejos y desde arriba. Entre bastidores.

No consiste tan sólo en lanzar ideas..., consiste en acompañar a esas ideas y en cultivarlas sobre el terreno. Según los menesteres especializados.

La acción doctrinal es, se podría decir, la entrega a domicilio de una verdad cimentadora de esfuerzos diversos, sin que estos esfuerzos dejen de ser diversos.

Presencia viva —por estar asegurada por la palabra, no por

la sola distribución de escritos—: presencia viva de un recuerdo continuo de la doctrina, en todo lugar y ambientes.

¡Método universal para un desarrollo multiforme de aplicaciones prácticas de la doctrina!

La acción doctrinal no es otra cosa que la organización práctica de esta circulación vivificante, fortificante, de la verdad indispensable en cada red o núcleo social... con el fin de que, por doquiera, sea doblado el cabo de una actividad rutinaria, estrechamente especializada.

“Poned un tigre en vuestro motor” (*) leemos al borde de nuestras carreteras.

La acción doctrinal tiene por fin ofrecer a cada uno el medio de decuplicar la fuerza del motor de su acción echándole ese elemento de superpotencia y ese ¡“tigre”!..., que puede ser una inteligencia más práctica de la doctrina aplicada, incorporada a la acción prevista.

Cuántos —muy apegados sin embargo a su quehacer familiar, profesional, social, etc.— no la realizan más que a mitad, porque no sospechan lo que un sentido elemental de la doctrina les llevaría a realizar. Sin que les cueste por ello mucho más. Por simple efecto de una visión más penetrante de la finalidad de las cosas, de una inteligencia más aguda de las relaciones posibles.

¡Ay! Cuántos ni siquiera sospechan que la doctrina puede ser de alguna utilidad fuera del estricto campo de un “cerebralismo” absoluto.

La acción doctrinal tiene por fin esencial la valoración de las actividades sociales o políticas por comunicaciones permanentes de la superabundancia de luz y de fuerza, que no puede dejar de aportar en todo asunto un entendimiento armonioso del orden natural y cristiano.

Por eso la acción doctrinal es, puede ser, debe ser —con la coordinación de jefes de que hemos hablado antes— el más seguro, el más grande elemento de nuestra unión, de nuestra unidad.

(*) Es el anuncio de una marca de gasolina.—N. del T.

Y eso, porque la acción doctrinal es, de todos los medios, el más estrictamente ordenado al establecimiento, lo mismo que al mantenimiento del consenso, sin el cual toda acción fecunda es inconcebible.

Hombres - Herramientas - Circunstancias.

Y sin embargo, esto no es suficiente.

Porque si es cierto que "las ideas gobiernan al mundo", es aún más justo hacer observar que no se puede decir esto de toda idea. Ya que el mayor número de estas últimas no gobiernan nada. Ya que es inmensa la cantidad de sistemas de pensamiento abortados, muertos, desamparados sin haber tenido la menor influencia en parte alguna, en ningún campo, cualquiera que éste sea, ya que ciertas doctrinas han tenido una gran irradiación en una época, para ya no tener ninguna en la sucesiva, o no reaparecer sino mucho más tarde.

Y que, por consecuencia, nos podemos preguntar, ¿por qué tales ideas han gobernado al mundo en un cierto momento? ¿Por qué han cesado de gobernarlo después? ¿Por qué tantas ideas no gobiernan nada?, ¿y especialmente las nuestras, en la actualidad?

Todas estas cuestiones son las que no tardan en hacernos adivinar que, por preciosas que sean las ideas, no se sostienen por su simple virtud; que no se difunden ni se propagan por su solo hecho; que reducidas a sí mismas, no podrían producir la menor acción durable, conseguir la menor victoria; que son semejantes a las mejores herramientas, que no han realizado nunca y que nada realizarán si no hay un obrero que las emplee.

O dicho de otra manera, que mientras una idea, sea buena o mala, no encuentre un ejército, una tropa que la defienda, la sirva, permanece sin efecto.

De ahí la importancia práctica de los hombres. Ya que las mejores ideas no pueden nada sin la lucha de, por lo menos, algunos hombres.

Pero a su vez, ¿qué pueden los hombres si se les deja su sola fuerza, sin herramientas, sin método de trabajo o de acción?

Y, ¿qué pueden aún hombres animosos, metódicos y bien provistos, si rehusan tener en cuenta las circunstancias de lugar, de tiempo, etc.?...

Hombres. Herramientas. Circunstancias.

Tres referencias indispensables en cuanto nos propongamos abordar seriamente los problemas de una acción eficaz.

Tres fórmulas, de las que no se pretende que determinen campos de acción independientes y tales que el estudio de uno pueda desarrollarse sin influir sobre los otros. Porque, en realidad, estos campos se compenetran; las circunstancias podrían decuplicar la energía de los hombres; la energía de los hombres podría desorganizar las circunstancias.

Pero por innumerables que puedan ser las combinaciones de estos tres elementos, su inter-acción determina y determinará siempre lo que hay y habrá de más importante en la acción.

— En primer lugar... los hombres, las personas, las interconexiones sociales... O dicho de otra manera, los agentes de la acción, los "activistas", los ejecutantes.

— En seguida... el instrumento, la herramienta, las técnicas, los métodos de acción.

— Finalmente... las circunstancias; el acontecimiento; las condiciones de tiempo y de lugar.

O si se prefiere:

1.º ¿Quiénes?

2.º ¿Con qué y cómo?

3.º ¿En qué tiempo? ¿En qué circunstancias?

De ahí las tres partes que van a continuación.

— Hombres e interconexiones sociales.

— Métodos e instrumentos.

— Las circunstancias.